

Introducción

La primera argolla fue la del silencio,
y taladró sin misericordia el conocimiento
de los pájaros.

La segunda fue la del olvido
amasada con niebla y desvergüenza.

La tercera fue la del vacío,
nombrándose a sí mismo
único monarca por el vasto imperio
de multiplicados cementerios.

(Julia Otxoa, "Hacia el silencio")

Consideraciones iniciales

Tras la elección de Mariano Rajoy como presidente en 2011, el nuevo Gobierno del PP suspende los fondos para la financiación de la Ley de Memoria Histórica que se había aprobado en 2007. La crisis económica está golpeando con fuerza al país. La obsesión por la Guerra Civil que había dominado la primera década del siglo XXI, centrandó el debate público, parece desvanecerse. El ardor de los intercambios, como los que habían tenido lugar en torno a las publicaciones

de *Hispania Nova* (2006-2007) y del *Diccionario biográfico español* (2010), disminuye¹. Aunque se siguen llevando a cabo iniciativas que buscan arrojar luz sobre aspectos poco conocidos del pasado y, sobre todo, otorgar reconocimiento moral a las víctimas, se dan solamente a nivel local y obtienen relativamente poca atención mediática. Si la crisis económica desplaza el recuerdo de la posición central que la Guerra Civil ocupaba antes en el debate público, el intento secesionista de Cataluña termina por enterrar el interés por este tema. O eso parece, hasta que el PSOE de Pedro Sánchez se empeña en exhumar a Franco y sacarlo del Valle de los Caídos. El aparente cierre del pasado que tiene lugar durante el gobierno de Mariano Rajoy es lo que da pie a este libro, al ofrecer una (pequeña) distancia histórica que brinda la oportunidad de analizar la trayectoria de la memoria en los primeros años del siglo XXI en España como hecho histórico y cultural. O, con otras palabras, el paréntesis impuesto por el gobierno del PP permite echar la mirada atrás para reflexionar sobre cómo surge el *boom* de la memoria en España y, sobre todo, qué hemos aprendido de él. Esto último no es de despreciar, dado que los pasados que tienen una naturaleza traumática insisten en reaparecer de vez en cuando y nunca se dejan clausurar. Elizabeth Jelin, conocida investigadora del papel que las memorias han desempeñado en las posdictaduras de América Latina, ha señalado la importancia de convertir el recuerdo en objeto de estudio de la historiografía (2002: 69-75). Para Jelin, el estudio histórico de la memoria conlleva su reconocimiento no como fenómeno atemporal, sino como suceso que presenta una trayectoria en el tiempo y que responde a un contexto determinado. Las dinámicas históricas de la memoria requieren ser problematizadas teniendo en cuenta los diferentes climas culturales y espacios sociales, las luchas

1 La revista de historiografía *Hispania Nova* publicó un número especial en dos volúmenes para el estudio de la represión franquista que llevó al enfrentamiento entre los historiadores Francisco Espinosa y Santos Juliá, como representantes de dos maneras de entender el papel de la memoria de la Guerra Civil. *El Diccionario biográfico español*, ambicioso proyecto promovido por la Real Academia de la Historia, es objeto de numerosas críticas por su entrada sobre Francisco Franco, preparada por el medievalista Luis Suárez, que no lo califica de dictador.

por dotar de sentido al pasado, los distintos actores y sus sensibilidades y la conformación del escenario político.

Siguiendo las ideas de Elizabeth Jelin, *Haciendo memoria* se propone estudiar la trayectoria del fenómeno conocido popularmente como “memoria histórica” en España en la primera década del siglo XXI, el cual no puede entenderse sin la enorme producción cultural que se genera en estos años. El objetivo es, por tanto, el estudio de la tríada memoria-historia-cultura en relación con la Guerra Civil. *Haciendo memoria* se centra en el análisis de algunas obras artísticas y culturales que han funcionado como interlocutores especialmente eficaces con los eventos que, de manera más relevante, han marcado el proceso de la memoria en España. El punto de arranque de este estudio es el convencimiento de que la historia alimenta la ficción de igual manera que la ficción alimenta la historia, es decir, que la cultura representa a la vez que conforma la realidad sociopolítica: la ficción figura a la vez que configura la realidad. *Haciendo memoria* parte de dos ideas básicas: primero, las construcciones culturales reflejan la manera como las sociedades ven el recuerdo; segundo, las construcciones culturales dan forma, a su vez, al recuerdo modelando el pasado de una determinada manera. La consecuencia es que el *boom* sobre la memoria debe ser explicado desde la doble vertiente de su trayectoria histórica y de su producción cultural o, lo que es lo mismo, la memoria tiene que explicarse desde la mutua relación que existe entre la historia y la cultura. Es importante puntualizar que el reconocimiento de esta reciprocidad no supone la defensa de una noción determinista con respecto al papel de la ficción en la realidad ni de esta en aquélla. La tesis central de este libro es, de manera simple, que las obras aquí analizadas desempeñan un papel fundamental en el ascenso, el asentamiento y el declive de la memoria histórica en esos años, al igual que en las lecciones extraídas sobre el recuerdo de la Guerra Civil. Son obras que condensan de manera especialmente eficaz el instante histórico en el que están inmersas, contribuyendo de manera decisiva a su avance.

Alon Confino ha denunciado la insuficiente calidad de los estudios sobre la memoria en las distintas disciplinas que se ocupan del tema —la historiografía, la crítica literaria, la sociología, la antropología y la psicología—. Para Confino, aunque se trata de campos prolijos

en publicaciones, carecen de una reflexión crítica sobre la teoría y el método y son en buena medida predecibles: “the term ‘memory’ is depreciated by surplus use, while memory studies lack a clear focus and have become somewhat predictable [...] It lacks critical reflection on method and theory, as well as a systematic evaluation of the field’s problems, approaches and objects of study. It is largely defined now in terms of topics of inquiry” (1997: 1387). Intentando no caer en estos fallos, *Haciendo memoria* se propone realizar un análisis textual de algunos de los productos culturales sobre la Guerra Civil más importantes en los primeros años del siglo XXI, a la vez que un estudio de los momentos más decisivos de la historia de la memoria histórica en España. Aunando lo analítico, lo histórico y lo teórico, este libro intenta ser una aportación innovadora dentro de la gran cantidad de trabajos que se han publicado sobre la memoria histórica en los últimos años. Para ello, se vale de una metodología interdisciplinar que fusiona diferentes aproximaciones, disciplinas y objetos de estudio y que hace posible el diálogo entre ramas tan distintas como las humanidades, las ciencias sociales y los estudios culturales, cinematográficos y visuales. Combinando el análisis cultural con la historia cultural, *Haciendo memoria* explora los bordes de distintos campos de investigación centrándose en áreas donde la literatura y los estudios culturales se encuentran con disciplinas como la sociología, las ciencias políticas y la historiografía. El resultado es una disección de la realidad cultural que, identificando artefactos y sucesos, ayuda a historizar y, por tanto, a explicar mejor la representación cultural de la memoria en la España de principios del siglo XXI.

Haciendo memoria profundiza en la memoria como configuración discursiva atendiendo muy especialmente a los procesos y agentes que han intervenido en su formación. Por ello, tiene muy en cuenta a los actores políticos, sociales y culturales que han formado parte de la construcción del recuerdo del pasado, a la vez que sus esfuerzos por afirmar la legitimidad de su verdad. El libro estudia, por tanto, quién, cómo y para qué se configura la memoria, y muestra cómo esta se construye sobre el armazón de los productos culturales, pero también desde y para los medios de comunicación. El concepto de nación ocupa asimismo un lugar fundamental en este estudio, ya que el recuerdo

del pasado no es en nada ajeno a la construcción de la identidad nacional. *Haciendo memoria* reevalúa, además, los argumentos más utilizados por los defensores de la memoria histórica. La oposición e incluso animadversión que esta suscita puede explicarse en muchos casos como un rechazo de unas ideas que la repetición ha llegado a convertir en cliché: la naturaleza transnacional de la memoria traumática, el valor del recuerdo para la mejora de la vida democrática, el carácter confrontacional de las memorias y el papel de la cultura como repositorio para el pasado. La revisión crítica de tales argumentos ha guiado la selección de las obras que se analizan en sus páginas: artículos de periódicos, fotografías, una novela y una película.

El estudio en detalle de estos artículos periodísticos, fotografías, novela y película permite profundizar en las complejas relaciones que existen entre la historia y la ficción en busca de una comprensión más rica y matizada de los problemas que presenta la memoria en la España de hoy. Aunque la selección de las obras está basada en criterios subjetivos, no es completamente arbitraria, sino que responde a la coherencia interna del libro. Los cuatro capítulos que lo componen reproducen la estructura clásica del relato tradicional —planteamiento, nudo, desenlace y moraleja—, para así recordar al lector la naturaleza constructiva de todo discurso, incluyendo este libro, sobre la memoria. Historizar la trayectoria de un suceso implica, tal y como nos desvelara el posestructuralismo, contar ese suceso, es decir, dotarlo de las estructuras, convenciones y estrategias de la narración. La ordenación de los capítulos muestra, además, la configuración de la memoria histórica a través del tiempo, lo que se refleja en la progresión de unas obras que corren paralelas —nutriéndose de y nutriendo a— la evolución del recuerdo del pasado en España: *El espinazo del diablo* (2001), de Guillermo del Toro, inaugura, como planteamiento de nuestro relato, el boom de la memoria; *Oscura es la habitación donde dormimos/ Dark is the Room Where We Sleep* (2008), de Francesc Torres, nos lleva, como nudo, al punto álgido de la trayectoria de la memoria histórica; el *Dossier Lorca* (2009-2010) o los 440 artículos periodísticos publicados sobre la búsqueda fallida de la fosa de Federico García Lorca suponen, como desenlace, el final de la fascinación por el pasado; y *Tu rostro mañana* (2002, 2004, 2007), de Javier Marías, actúa como

moraleja, creando una distancia reflexiva crítica que invita a repensar la representación cultural de la Guerra Civil.

Importancia de la memoria

Como es bien sabido, la memoria se ha convertido en las últimas décadas en una preocupación cultural y política clave: “coming to terms with the past has emerged as the grand narrative of recent times” (Miztal 2003: 147). De hecho, la memoria ha pasado a formar parte del vocabulario que utilizamos todos los días para referirnos a algunos de los problemas que más nos acucian. El protagonismo alcanzado por el recuerdo se confirma a diario, ya que repetidamente oímos que el pasado tiene derechos imprescriptibles y que debemos convertirnos en militantes de la memoria. El recuerdo ha comenzado a propugnarse como imperativo moral, mientras que el olvido se ha transformado en algo política y éticamente conservador. A ello han contribuido en gran medida unos avances tecnológicos que han sido decisivos para la difusión e incluso la globalización de una nueva noción de memoria, la cual va más allá del recuerdo autobiográfico para abarcar los procesos más amplios de transmisión nemotécnica comunitaria y generacional, así como nuevas formas de concebir la relación entre la historia y las memorias. La memoria así entendida pone el énfasis en los derechos humanos, en los problemas de las minorías y de género y en la reevaluación de pasados nacionales e internacionales. La memoria aparece asimismo vinculada a procesos de democratización y a la expansión y fortalecimiento de la esfera pública de la sociedad civil; también a la monumentalización, a la institucionalización y al ritual conmemorativo.

Aunque la celebración del instante y el presentismo que caracterizan a la posmodernidad parecían haber debilitado la fuerza del pasado, en las últimas décadas las operaciones de borrado han coexistido con una museificación sin precedentes y con una obsesión preservacionista que pueden observarse en numerosos ámbitos, desde el político al cultural. Por su parte, la misma estética posmoderna ha reclamado la conexión con el pasado y la tradición de una forma

lúdica. De hecho, la memoria ha sido transformada en producto de consumo, y con ello en objeto de crítica. Sin embargo, como alternativa a la cultura capitalista, fundamentalmente amnésica en su frenético ritmo de producción —su política mediática de información constante y su entretenimiento instantáneo de las masas—, la memoria también cumple la función de servir como posibilidad para la experiencia de un espacio alternativo.

Nuestro mundo contemporáneo ha convertido al pasado en una preocupación fundamental, alertando sobre su uso sociopolítico. Los herederos de la Segunda Guerra Mundial, especialmente los del Holocausto, han reclamado la importancia de la memoria para no olvidar el horror, y más tarde los han secundado, entre otros, los países europeos que sufrieron el fascismo y las posdictaduras de América Latina. El uso político de la memoria no es, sin embargo, nada nuevo, como puede verse en la manipulación del pasado que caracterizó a los totalitarismos del siglo xx y también en la misma historia española: si las vanguardias del siglo xx y la cultura de entreguerras celebraron el olvido nietzscheano que permitía la ruptura con un pasado heredado como carga, el franquismo celebró la memoria exprimiendo el recuerdo de la Guerra Civil como justificación y legitimación de la Dictadura; si durante la Transición y los primeros Gobiernos democráticos se defendió el olvido como estrategia para la construcción y consolidación de la joven democracia, en el siglo xxi se ha reclamado con fuerza la mirada hacia el pasado. Los conflictos en el orden internacional desde el 11 de Septiembre, el protagonismo político alcanzado por las figuras de la víctima y el testigo y la popularización de la metáfora espectral y de la idea del trauma —síndrome de estrés postraumático— hacen que en las últimas décadas se haya generado una verdadera cultura de la memoria, la cual, a pesar de ser en último extremo heredera del legado cultural posmoderno que inaugurara el Holocausto, ha sabido volar más allá de sus límites.

La irrupción de la memoria en el ámbito académico explica el notable desarrollo que en las dos últimas décadas han alcanzado ciertas esferas de trabajo social y, dentro de las disciplinas humanísticas, nuevas áreas de conocimiento como la teoría espectral y la teoría del trauma. Ha surgido, además, una verdadera filosofía de la memoria.

Apostando por la interdisciplinariedad, los estudios sobre la memoria han promovido el interés por comprender la interrelación que existe entre el ayer y el hoy, es decir, cómo el pasado conforma el presente y este, a su vez, es conformado por las percepciones sobre el pasado. También han animado a la investigación sobre la memoria y el imaginario colectivo, la representación oficial —monumentos y conmemoraciones públicas— y no oficial del pasado, el papel de la historia oral y los relatos personales, la influencia de los medios de comunicación de masas en la formación de la conciencia histórica, la relevancia de la escritura de la historia para las nacionalidades emergentes y los conflictos sociales, y las relaciones entre la historia y la memoria. En este sentido, el uso de fuentes orales en las disciplinas académicas ha pasado a imponerse como un modo válido de reconstrucción epistemológica, lo que evidencia el fuerte cambio de perspectiva producido en los últimos años.

Dentro del paradigma que predomina actualmente en las humanidades, el cual se centra en la identidad del sujeto no como natural y dada sino como construida, contingente y convencional, la memoria se afirma como camino existencial hacia una autenticidad, una vivencia comunitaria y una experiencia identitaria que se creían perdidas. Con el desprestigio de las metanarrativas que articularan una idea hegemónica del yo en la modernidad, la memoria ha pasado a concebirse como clave de nuestra identidad personal y social y a entenderse como aquello que define lo que somos. Tras la muerte del sujeto, preconizada por los estructuralismos tanto en las humanidades como en las ciencias sociales desde los años sesenta, las dos últimas décadas han sido testigos de su renacer gracias a la memoria. Esta es, así, el exponente más claro del giro hacia la subjetividad que caracteriza nuestro mundo contemporáneo, un giro cuya más última y triste manifestación es la posverdad o convencimiento del derecho inalienable del yo a construir sus propias realidad y verdad.